

Disney
TIM BURTON
EL EXTRAÑO MUNDO DE JACK

LA HORA DE LA REINA DE HALLOWEEN

La esperada secuela de
Larga vida a la reina de Halloween



MEGAN SHEPHERD

 Planeta

Disney
TIM BURTON
EL EXTRAÑO MUNDO DE JACK

LA HORA DE
LA REINA DE
HALLOWEEN

MEGAN SHEPHERD



La noche antes de nuestro aniversario, Jack y yo preparamos un banquete de mollejas asadas con hierbas cubiertas con mermelada de bayas de belladona, pasta de telaraña y cerveza de cicuta y terminamos la velada con un decadente pastel con forma de cementerio cubierto de azúcar negra. Al fin y al cabo, tenemos muchos motivos para celebrar. Mañana haremos las maletas y partiremos rumbo a la Aldea del Sueño para conmemorar un año de casados.

Y, en realidad, eso es lo que es mi vida ahora: un sueño. Por supuesto, ninguno es perfecto. Como

todo el mundo, a veces me despierto sobresaltada por una pesadilla, aunque, sinceramente, no tengo nada de qué quejarme. Ha pasado un año de arrumacos a medianoche bajo la colcha de calabazas que tejí, un año de lecturas de Shakespeare en voz alta el uno al otro mientras tomamos té de madre-selva, un año de risas, un año de amor. Y también un año como Reina Calabaza, un papel que asumí con la misma ansiedad con que se llevan unos zapatos que no te quedan bien, pero día tras día hago todo lo posible por cumplirlo con dignidad. Todavía hay algunos malentendidos ocasionales, planes que se tuercen y momentos de duda, pero seguro que eso es algo a lo que se enfrentan todas las reinas en algún momento, ¿verdad?

—Buenas noches, querida Sally. —Jack toma mis manos y me da un beso en los labios.

Me derrito como la cera de una vela con aroma a frambuesa, me acurruco en su frío cuerpo y le rodeo el cuello con los brazos.

—Buenas noches, Jack. —Le devuelvo el beso suavemente.

Él se aparta y, con el ceño fruncido, me alisa una profunda arruga que, en los últimos meses, se ha marcado en la comisura de mi boca.

CAPÍTULO UNO

—¿Hay algo que te preocupe?

—Ah, no, todo es maravilloso —me apresuro a asegurarle—. Estoy encantada de que mañana vayamos a ver a mis padres, pero es que... —Siento un tirón en los puntos de los ojos.

—Tienes miedo de que traten de convencerte otra vez para que te mudes a la Aldea del Sueño —dice él por mí.

Se me escapa un suspiro. Las motivaciones de mis padres son sinceras y bondadosas: quieren tenerme cerca después de tantos años separados. Sin embargo, ser la Reina Calabaza me está resultando más difícil de lo esperado, pues tengo que hacer malabares con una docena de funciones diferentes, desde registrar a los huéspedes en la Posada Embrujada hasta encargarme de los preparativos de Halloween con Jack.

—Todo saldrá bien —digo con una gran sonrisa, ignorando el tic de mi ojo.

Satisfecha por el banquete, me acuesto en la cama con un bostezo, deseando despertarme temprano para nuestro viaje, y me quedo dormida en lo que tarda un cuervo en batir las alas.

No puedo haber dormido mucho cuando me despierta el tintineo de unas campanas.

Me incorporo tan deprisa que se me tensan las costuras y veo un extraño reloj cucú sobre nuestra cama, pero estoy segura de que no estaba ahí al acostarme.

Me froto los ojos para desperezarme, me pongo de pie, tratando de mantener el equilibrio sobre el colchón, y me subo a la cabecera para verlo mejor.

El reloj está hecho de madera pintada de negro azabache, con números rojo sangre que van del uno al trece, algo imposible. Bajo las manecillas, hay una puertecita con una luna creciente tallada.

—¿Jack? —pregunto adormilada frotándome los ojos—. ¿Tú colgaste este reloj?

El eco de mi voz en los pasillos es todo lo que obtengo por respuesta.

Entonces, las manecillas se detienen de repente en el trece y la puertecita del reloj se abre con un resorte. Espero que salga un cucú, pero aparece una figurita de madera con forma de muñeca de trapo. Tiene el pelo rojo y liso como una tabla, sus diminutas extremidades están articuladas en los mismos sitios en que yo tengo las costuras y lleva un vestido de retazos, pero... esa no soy yo. No puede ser.

Mientras que todas mis extremidades son del mismo azul pálido que un cielo invernal, esta

muñeca de trapo está hecha con piezas dispares, como la espantosa creación de un científico. En el brazo izquierdo lleva una manga de un pijama a rayas, su pierna derecha está cosida con hilos rojos y blancos, como un bastón de caramelo, tiene las manos manchadas con pintura de huevos de Pascua y las cuencas de sus ojos están adornadas con los cristales brillantes de mi corona de Reina Calabaza.

La muñeca de trapo comienza a bailar muy animada, lo que resulta grotesco teniendo en cuenta sus extremidades toscas. Sus movimientos bruscos hacen que la cabeza se le caiga hacia un costado y la parte superior del cráneo se abra, articulada en un lugar donde el mío no tiene costura. Dentro, hay un diminuto cerebro relleno de algodón, igual que el del doctor Finkelstein.

De pronto, una de sus articulaciones se parte a la altura del hombro y se le cae el brazo de la Aldea del Sueño. A continuación, se le rompe la cadera y la pierna izquierda, en la que lleva un zapato con lentejuelas rojas, blancas y azules, que cae al suelo. Gira sus ojos de cristal vacíos hacia mí y abre la boca como soltando un grito silencioso.

Aparto la mano del reloj soltando un silbido.

Siento piquetes en los brazos, como un sarpullido, y se me agita el pecho. Resbalo en la cabecera con el pie descalzo y me caigo, incapaz de mantener el equilibrio.

Voy bajando y bajando y bajando..., desciendo a una oscuridad tan densa como la de una tumba. Me despierto sobresaltada y parpadeo: estoy en mi habitación y ya no hay ningún reloj de madera sobre la cama ni ninguna figurita. Solo está mi querido marido, en cuyas profundas cuencas advierto una preocupación infinita por mí.

—Tuviste una pesadilla —dice Jack mientras me coloca con ternura un mechón de pelo rojo sangre detrás de la oreja—. Ya estás conmigo, Sally. Ya sea en sueños o en pesadillas, siempre estaré contigo.

—Ay, Jack. —Entierro la cara en sus costillas—. No parecía un sueño.

Hundiéndome en sus brazos, dejando que el relleno de algodón y hojas otoñales vuelva a su sitio, intento convencerme de que tiene razón: solo fue un sueño.

Si bien ahora soy la reina de una tierra de pesadillas, procedo de un lugar de dulces sueños. Y, aunque soy más feliz de lo que jamás imaginé,

CAPÍTULO UNO

parece que ni siquiera en sueños soy capaz de encontrar mi sitio entre ambos mundos.



Al día siguiente, mi sueño no es más que una telaraña obstinada adherida a un rincón de mi mente mientras Jack y yo viajamos a la Aldea del Sueño. Siempre me ha encantado el primer vistazo de mi hogar. Justo al atravesar la puerta de las Tierras Remotas, hay unos cuidados senderos que serpentean entre los apacibles campos de lavanda que cubren las colinas hasta el pueblo amurallado que se divisa a la distancia, donde reinan mis padres. Jack y yo paseamos con los dedos entrelazados entre una hilera de flores de hierba de doncella, rozando los tallos con la mano libre para que desprendan su embriagadora fragancia hacia las nubes de algodón. Las luciérnagas bailan perezosas entre nosotros, haciendo brillar sus luces de verano, mientras yo descanso la cabeza en el hombro de Jack con un suspiro de satisfacción.

En realidad, ¿de qué tengo que preocuparme?, mi vida es tan perfecta como un pay de calabaza. Me paso la mano por mi vestido de gasa negra y me ajusto la corona de hierro sobre mis trenzas

escarlata. Aunque me siento más cómoda con mi sencillo vestido de retazos, esta noche es nuestro aniversario y hay que lucirse. A las seis en punto, asistiremos a una elegante cena ofrecida por mis padres en la residencia del gobernador.

—¿Sabes qué hora es? —le pregunto a Jack con ansiedad.

Se saca un reloj con forma de viuda negra del bolsillo y lo consulta, en cuya esfera los segundos pasan lentamente.

—Tenemos tiempo de sobra. Además, somos los invitados de honor, la cena no puede empezar sin nosotros!

Se me agita en el pecho el relleno mientras asiento con la cabeza.

—Es verdad, es que he estado muy ocupada con la Posada Embrujada, y escribiendo obituarios para Fantasmas y Demonios, y abasteciendo el café, y con las visitas reales de Ruby Valentino, Santa Atroz y todos los demás dirigentes de las aldeas de las fiestas, y por supuesto con los preparativos para Halloween...

Jack me toma la mano de nuevo, entrelazando sus huesudos dedos con los míos de tela, para calmar el temblor que ni siquiera había advertido.

CAPÍTULO UNO

—Sally, has hecho mucho como Reina Calabaza. Te has deshilachado por mantener unida a nuestra aldea y por entablar amistad con las otras. Esta noche te mereces un descanso.

Contemplo con amor su frente arrugada mientras la brisa me trae a los oídos un balido de ovejas lejano.

—Quizá tengas razón.

Me aprieta la mano con más fuerza.

—Estoy muy orgulloso de todo lo que has hecho y, sobre todo, de que lo hayas hecho a tu manera. No hay nadie más como tú, Sally. —Me acaricia la mejilla con la palma de la mano—. Te amo.

El corazón me revolotea como un pájaro alzando el vuelo, y los tallos de lavanda me hacen cosquillas en los tobillos con sus pétalos juguetones, ensanchando aún más mi sonrisa.

Jack tiene razón: tenemos todo el tiempo del mundo. En el eterno ocaso de este reino, mis plazos, horarios y citas reales bien podrían estar a años luz de distancia. En la Aldea del Sueño nunca hay día ni noche, solo este neblinoso crepúsculo dorado. Las lejanas canciones de cuna que trae el viento me susurran que nos queda una vida entera por delante.

Así pues, mientras cruzamos los campos en dirección a la entrada del reino, me embriago con el tranquilizador aroma de mi hogar, dejando que mi cuerpo se relaje con los recuerdos entrañables de los años que pasé aquí antes de que el doctor Finkelstein me secuestrara. En la distancia se alzan firmes y fuertes las murallas de la Aldea del Sueño, aunque ahora las puertas siempre están abiertas. Hace un año, cuando descubrí este reino, mis padres mantenían las puertas cerradas con llave en todo momento y los residentes palidecían solo con mencionar al ladrón de sueños, el Arenero, que sumió en un profundo letargo a tantos mundos, incluido Halloween.

Me sorprende pensar en lo diferentes que son las cosas ahora. Los aldeanos con los que nos cruzamos nos sonríen y nos saludan con bostezos y se mueven sin miedo por el pueblo, los campos y más allá. Y al Arenero lo veo cada pocos meses para darle una poción que lo sume en un agradable y largo sueño.

Los cambios positivos no se limitan a la Aldea del Sueño. Desde que descubrí mi origen, he aprendido todo lo que he podido sobre los sueños y las canciones de cuna, y, por supuesto, sobre mis

padres, Albert y Greta, los gobernadores. Descubrir las maravillas de la Aldea del Sueño me conmueve profundamente, así que me propuse compartir esa alegría. Es mi más ferviente deseo que los innumerables reinos con puertas en el bosque de las Tierras Remotas conozcan esta aldea y queden tan encantados con ella como yo.

—¡Qué cosecha tan excepcional! —dice Jack inspeccionando una ramita de lavanda entre los dedos—. ¿Cómo crees que recolectan estas flores? ¿Has visto carretillas, costales, burros?

Le doy un ligero codazo en las costillas y señalo con la cabeza a un par de agricultores que están a unos metros cortando tallos con guadañas y atándolos con cordones. Sus ojos hundidos se iluminan. Jack siempre tiene el trabajo en mente, y más ahora que faltan solo dos semanas para Halloween. Pronto tendremos que cosechar nuestra plantación de calabazas y ha pasado muchas noches despierto dibujando en el pizarrón planos para construir artilugios más eficientes para la recolección.

Mientras dejamos atrás los campos de lavanda y nos dirigimos hacia el río, Jack sigue dándose vuelta para observar a los agricultores. Ay, mi querido Jack,

ise distrae con tanta facilidad! Otra quizá se sentiría menospreciada, pero a mí me gusta todo de mi esposo, hasta sus defectos. Para recuperar su atención, me agacho a recoger un diente de león plateado y lo giro juguetonamente entre mis dedos de tela.

—¿Sabes qué es esto?

—Claro que sí —responde—. ¡Es un diente de león!

—Sí —sonrío—. Cuando son plateados como estos, se utilizan como ingrediente en pociones poderosas porque simbolizan el tiempo. —Le clavo el tallo entre sus blancos dedos huesudos—. Un bonito recordatorio de que Halloween va y viene, que llegará la cosecha de calabazas y que todo saldrá bien.

Baja sus ojos hundidos hacia mí con ternura y me acaricia la mejilla de tela con la palma de la mano, pasando el pulgar por la línea de puntadas que la recorre.

—Estaremos mejor que bien, Sally. Juntos podemos lograr cualquier cosa.

El corazón me late melódicamente en mi pecho lleno de hojas y algodón. No creo que sea posible amar a Jack más de lo que lo amo ahora, ni aunque viviéramos mil vidas.

Atravesamos un puente que cruza el tranquilo río y nos detenemos en medio para contemplar las vistas de la aldea. Él me rodea la espalda con su brazo huesudo. Le quito el diente de león de la mano y levanto la vista con timidez.

—¿Sabes lo que solía hacer con los dientes de león cuando era pequeña?

—No, no se me ocurre.

—Hay un juego al que jugaba aquí, en la orilla del río. No lo recordé hasta que volví a leer mis diarios. Soplaban un diente de león y me decía que un día viviría una aventura por cada semilla que atrapara.

Jack esboza una gran sonrisa. Me quita el diente de león y lo hace girar.

—¿Jugamos?

Contamos uno, dos, tres, nos inclinamos sobre la baranda del puente y soplamos al mismo tiempo, haciendo flotar una lluvia de semillas en el crepúsculo de tonos pastel, danzando como las luciérnagas.

Intento atrapar una que se dirige hacia las ramas del sauce.

—¡Ya tenemos una aventura!

—¡Ya son dos! —dice Jack atrapando una que va hacia los campos.

Riendo, alcanzo otra semilla con la palma de la mano.

—¡Tres!

—Cuatro —dice Jack envolviendo otra semilla con ambas manos, como si estuviera atrapando un insecto—. Esta se trata de dunas de arena y camellos, ¡lo sé!

Somos un torbellino de risas mientras nos movemos aquí y allá por el puente para atrapar tantas semillas como podamos antes de que se alejen flotando. Se me acumulan las lágrimas de felicidad y la cara blanca de Jack resplandece. Al cruzar las miradas, me estremezco hasta los dedos de los pies, como si estuviera de nuevo en la colina Espiral el día de nuestra boda susurrando «Sí, acepto».

—Ay, Jack, deseo vivir todas estas aventuras contigo.

Entonces, pasa flotando otra semilla de diente de león junto a Jack y me lanzo hacia ella, ansiosa por continuar el juego, pero se aleja volando y yo me tropiezo, golpeándome la cintura contra la baranda del puente. Me quedo sin aire en los pulmones y se me cae la corona de hierro hacia el río, aunque logro atraparla a tiempo soltando un grito ahogado.

—¡Sally! ¿Estás bien? —Jack me pone una mano en el hombro, con la preocupación marcada en el rostro.

—Sí —digo enderezándome y alisándome el vestido mientras recupero el aliento—. Esa es una de las ventajas de estar hecha de tela e hilo: menos moretones. —Lo tranquilizo con una sonrisa que se desvanece en cuanto echo un vistazo a mi corona—. ¡Oh, no!

El cristal del tamaño de una moneda que tenía en el centro desapareció. Frunzo el ceño y miro al agua: debe haberse caído. Jack también se asoma a la baranda, escudriñando la corriente.

—¡Voy a buscarlo!

Se sube a la baranda dispuesto a zambullirse en el agua, pero lo empujo hacia atrás antes de que pueda saltar, sacudiendo la cabeza.

—Jack, no puedes aparecer empapado en nuestra cena de aniversario. —Suelto un gran suspiro y esbozo una sonrisa triste—. No es más que una barata. Además, este río lleva sueños al mundo humano, así que quizá le dé a algún niño humano sueños bastante buenos esta noche, ese es el lado positivo.

Me pasa sus dedos huesudos por la molesta arruga que se ha empeñado en salirme al lado de la boca.

–Siempre mirando el lado positivo, ¿verdad? Es una de las cosas que más me gustan de ti. Pero sabes que no pasa nada por no ser perfecta todo el tiempo, ¿verdad? A veces me preocupa que te esfuerces demasiado por compaginar tantas tareas sin perder la sonrisa. Me encantaría vivir todas esas aventuras contigo. ¿Puedes añadir «aventurera» a tu interminable lista de cualidades?

La preocupación que advierto en sus ojos me hace reflexionar. Es cierto que este último año he estado muy estresada, pero ¿qué otra opción tengo? No puedo decepcionar a tantos residentes que confían en su Reina Calabaza.

–Después de Halloween –digo con fingida alegría–. Seguro que las cosas se calman para entonces. Tendremos tiempo de sobra para encontrar tus camellos.

Poco a poco, la preocupación latente de sus ojos se va apagando hasta convertirse en un suave destello. Me sonrío con picardía y me da un beso en la mejilla.

–Escupen, ¿sabes?

Pongo los ojos en blanco, aunque la preocupación se apodera de mí. ¿Y si las cosas no se calman después de la fiesta?

CAPÍTULO UNO

Continuamos en dirección a las puertas de la Aldea del Sueño, saludando a los trabajadores de la fábrica de arena del sueño que comienzan su turno, y nos detenemos para escuchar el suave tarareo de una mujer que canta una canción de cuna a la vez que va encendiendo velas por el camino. Jack no puede dejar de mirar a los agricultores cosechando con su técnica especial y al final se acerca a ellos para que le den su opinión sobre los campos de calabazas. Niego con la cabeza, sonriendo ante la terquedad de mi marido, y entonces veo el rebaño de ovejas de la Aldea del Sueño avanzando lentamente por el sendero, así que me acerco para ver el desfile de los lanudos animales blancos.

Aunque sea la reina de Halloween, aquí, envuelta por esta brisa con aroma a manzanilla, mis pesadillas no podrían estar más lejos. «Estaremos mejor que bien –me digo repitiendo la promesa de Jack—. Juntos, podemos lograr...».

Cuando el rebaño de ovejas ya ha pasado y el polvo se asienta, toma forma una figura al otro lado de la calle. Lleva unos lentes redondos y oscuros que parecen diminutos en su cabeza calva, sujetos con tornillos al cráneo. Su silla de ruedas

traquetea mientras avanza detrás de las ovejas y lleva un largo cayado de pastor para conducir las hacia las puertas de la aldea, murmurando algo sobre las malas condiciones de trabajo.

El miedo se apodera de mí y me quedo clavada en el sitio. Los pulmones se me cierran y siento un nudo en la garganta. La lejana canción de cuna me resulta ahora siniestra, como el canto de las cigarras, y me pregunto si mis pesadillas de verdad han desaparecido, porque tengo una delante.